

pelladamente bajo las ventanas, precipitarse en el salón, ir y venir, detenerse, correr á lo lejos y asaltar las calles inmediatas, y sin embargo no se veía absolutamente á nadie.

—Decidnos, miss Manette, ¿todos esos pasos deben alcanzarnos en tropel, ó dividirse para seguir á cada uno de nosotros?

—Lo ignoro, Mr. Darnay. Es una tontería que no merece discutirse. Se me ocurrió estando sola, y me figuré, como decia hace poco, que eran los pasos de gentes que deben entrar un dia en mi vida y en la de mi padre.

—Que vengan todos á buscarme, dijo Cartone; no he de oponerles ninguna resistencia; no reclamo ni estipulo nada. Una gran multitud se agita y se dirige hácia todos nosotros, miss Manette; la veo á la luz de los relámpagos.

Una viva claridad inundó el salón al decir estas palabras, y permitió verle perezosamente apoyado contra la ventana.

—Oigo el ruido de esa multitud, prosiguió Cartone, despues de un espantoso trueno; viene furiosa y rápidamente.

Aludia á la tempestad y á las nubes que corrian bajo un cielo negro; la lluvia que empezó á caer repentinamente cubrió su voz, y todos guardaron un profundo silencio.

Ninguno habia visto una tempestad tan horrible. No habia el menor intervalo entre las detonaciones del rayo; cruzábanse en el espacio y resonaban en medio de los relámpagos y del agua torrencial que formaba una inmensa catarata produciendo un formidable estrépito.

A pesar de su violencia, la tempestad fué de larga duracion. La campana grande de San Pablo acababa de dar la una, cuando Mr. Lorry, acompañado de Cruncher, que iba provisto de una linterna, se encaminó hácia su casa.

Para dirigirse de Sho-Square á Clerkenwel, habia que atravesar ciertos sitios solitarios, y el agente de Tellson, que pensaba siempre en los ladrones, iba siempre acompañado de una linterna sostenida por Jerry, áun cuando generalmente salia de casa de los Manette ántes de las once de la noche.

—¡Qué tiempo tan espantoso, Jerry! dijo el gentleman; es un tiempo capaz de sacar á los muertos de sus tumbas.

—No entiendo de eso, señor, respondió el demandadero; nunca he visto semejante cosa, y creo que nunca llegaré á verlos resucitar.

—Buenas noches, Mr. Cartone, dijo el hombre de negocios. Buenas noches, Mr. Darnay. Vaya una tempestad!... ¿Volverá á haber otra como ésta, y la veremos juntos?

—Puede que sí, respondió Sydney Cartone.

Tal vez verán caer sobre sí á la multitud frenética y rugiente.

CAPITULO VII.

El señor marqués en la ciudad.

Monseñor, uno de los hombres más influyentes de la corte de Francia y uno de los grandes personajes que tenian las riendas del poder, daba dos recepciones al mes en el magnifico palacio que habitaba en París, y era su dia de reunion. En tanto que la idólatra multitud, para quien él era el Santo de los santos, se agolpaba en sus salones, Monseñor, retirado en un suntuoso saloncillo que le servia de santuario, tomaba tranquilamente su chocolate.

Su Señoría podia tragar fácilmente una infinidad de cosas; algunos insolentes atrevidos aseguraban que ab-

sorbía rápidamente los tesoros de la Francia; pero su chocolate no podía llegar á su noble gargüero sino con el auxilio de cuatro robustos mocetones, sin contar el cocinero que lo habia preparado. ¡Sí, señor! para que aquel dichoso chocolate llegase hasta los labios de Monseñor, eran necesarios cuatro hombres en toda la fuerza de su edad, cubiertos de galones, y cuyo jefe, rivalizando con su noble y casto señor, no podia existir sin tener por lo ménos dos relojes. Uno de aquellos lacayos llevaba la chocolatera á la habitacion de Su Señoría; el segundo batía el chocolate con un molinillo *ad-hoc*; el tercero presentaba la servilleta, y el cuarto, que era el hombre de los dos relojes, vertía el chocolate en la taza.

Aquellos cuatro lacayos, inclinados ante su presencia, eran completamente indispensables para que Monseñor sostuviese el rango que ocupaba bajo la bóveda celeste. El brillo de su noble escudo hubiera quedado empañado si el chocolate que tomaba todas las mañanas se lo hubiesen servido ignominiosamente nada más que tres lacayos. Si el número de éstos se hubiese reducido á dos, Su Señoría hubiera tal vez muerto repentinamente!

Monseñor habia asistido la noche anterior á una modesta cena, en que la Comedia y la Opera estaban admirablemente representadas. Cenaba con gran frecuencia fuera de su palacio y lo hacia casi siempre rodeado de una agradabilísima sociedad. Monseñor tenia un talento tan delicado y un alma tan sensible, que los intereses de la Comedia y de la Opera le conmovian infinitamente más que los de la nacion; circunstancia afortunada para la Francia, como para todos los reinos que gozan de igual privilegio, segun sucedió en Inglaterra en la memorable época en que la vendió uno de los Estuardos.

Monseñor poseía, en los importantes asuntos relativos al país, la siguiente magnífica y noble teoría: hay que dejar rodar la bola. En los negocios privados del Estado

pensaba, con no ménos nobleza, que la bola debia rodar como á él se le antojase: es decir, aumentando su peculio y su influencia.

Monseñor pensaba, tambien noblemente, que el mundo se habia hecho para contribuir á sus placeres. La tierra, y todo cuanto en ella se contiene, me pertenece, decia, adoptando por divisa los sagrados textos de los cuales sólo cambiaba el pronombre posesivo.

Sin embargo, habia acabado por descubrir que algunas vulgares dificultades se oponian á sus negocios públicos y privados; y obligado por la fuerza de las circunstancias, se habia aliado á un famoso asentista. Dos razones le habian obligado á adoptar esta desesperada resolucion: la primera, porque no pudiendo hacer nada por la hacienda del Estado, era preferible ponerla en manos de otra persona más hábil; la segunda, porque los asentistas eran ricos, y despues del lujo hereditario de las anteriores generaciones, Monseñor, que no gastaba ménos que sus abuelos, iba empobreciéndose cada vez más.

En vista de todo esto, habia sacado á su hermana del convento en que debia profesar dentro de muy poco, y habia dado la mano de la jóven á un asentista, tan pobre de nacimiento como rico en materia de escudos. Este, provisto ya del baston tradicional con puño de oro, figuraba entre la turba multa de los salones de su cuñado, en donde era el objeto del culto de todos los mortales, excepto de las gentes de noble cuna, que, empezando por su mujer, le contemplaban con un soberano desprecio.

Aquel asentista era hombre que desplegaba un lujo inusitado: tenia treinta caballos en su cuadra, veinticuatro lacayos en sus habitaciones y seis mujeres al servicio de su esposa. Famoso por su única ocupacion, que sólo consistia en arrasar y saquear continuamente á diestro y siniestro, era realmente el asentista lo que todo el mundo se figuraba, y entre las gentes que se apiñaban en torno

de Monseñor, él era el único que merecía verdaderamente el título de personaje. Aquellos magníficos salones, á pesar de su brillo y de su esplendor y á pesar del maravilloso lujo con que el arte y el gusto de la época los habia enriquecido, eran muy poco sólidos y hubiera, sin duda alguna, producido bastante inquietud al ver su fragilidad el pensar en los harapientos espantajos que habitaban en el otro extremo de la ciudad y bastante cerca del palacio, sin embargo, para que las torres de Nuestra Señora se hallasen situadas á igual distancia de ambos barrios.

Pero ¿quién podia, en el palacio de Monseñor, imaginar semejantes simplezas? Allí sólo figuraban oficiales ajenos á toda nocion del arte militar, marineros que en su vida habian visto un barco, administradores que desconocian las leyes y la administracion, sacerdotes desvergonzados, lo peor de todas partes, de ojos lascivos, palabras escandalosas y disipadas costumbres; todos completamente incapaces de llenar sus respectivos deberes, mintiendo todos al darse el título de los empleos que pretendian desempeñar, pero perteneciendo todos, en grado más ó ménos próximo, á la casta de Monseñor, y disfrutando, por este solo motivo, todos cuantos empleos podia significar alguna ganancia.

Habia tambien en aquellos nobles salones otros individuos que, aún cuando no tenian ningun parentesco con los anteriores, ni daban tampoco importancia á la parte grave y útil de la vida, no dejaban de ser bastante numerosos.

Varios médicos expertos, que habian hecho su fortuna con las drogas enconfitadas que recetaban para supuestas enfermedades, dirigian amables sonrisas á su clientela; economistas que habian descubierto el medio de cerrar las heridas del Estado, pero no el de cortar los infinitos abusos que se cometian, llevaban sus lucubra-

ciones á los más complacientes oídos; filósofos, faltos de fé, que llenaban el mundo con sus pomposas y huecas frases, y hacian castillos de naipes para escalar el cielo, charlaban con químicos sin conciencia, que sólo se preocupaban del descubrimiento de la piedra filosofal; gentes de una exquisita delicadeza y cuya perfecta educacion se revelaba entónces lo mismo que hoy, por una profunda indiferencia á todo cuanto es sério, hacian gala de su hastío y de su ilimitada despreocupacion en el palacio de Monseñor.

Cosa digna de tenerse en cuenta: los espías, que formaban por sí solos una buena mitad de aquella excelente reunion, se hubieran visto casi en la imposibilidad de descubrir, en medio de aquellas nobles gentes, una sola mujer que por su aspecto y por su presencia confesase que era madre. A decir la verdad, exceptuando el acto puramente material de dar á luz una criatura, que molesta, muy pocas de aquellas nobles señoras conocian la maternidad; varias aldeanas conservaban á su lado aquellos molestos monigotes, que aún no estaban de moda; y sus encantadoras abuelas, que habian ya cumplido sus cincuenta años, se vestian y cenaban como cuando tenian veinte años.

La lepra de la mentira y del fingimiento desfiguraba á todas cuantas personas concurrían al palacio de Monseñor. Sin embargo, en el primer saloncillo se hallaban cinco ó seis individuos excepcionales, que presentian vagamente hacia algunos años que la cosa pública iba de muy mala manera. Creyendo ponerla en su verdadero camino, la mitad de aquella media docena de pesimistas se habia afiliado á una secta de convulsos, y discutian en aquellos momentos si seria conveniente arrojar espuma por la boca, lanzar algunos rugidos y fingirse catalépticos durante la recepcion, para advertir á Monseñor que iba por muy mal camino.

Los otros tres, que no tenían la fé de aquellos *derviches*, creían salvar el Estado con cierta gerigonza místico-filosófica; según su opinión, el hombre se había alejado del centro de la verdad, y esto no necesitaba demostración; pero no había salido de la circunferencia; y para que continuara dentro de ella y pudiese aproximarse al centro, era preciso ayunar y ponerse en comunicación con los espíritus celestes. Esta última parte del programa se realizó inmediatamente, sin que por eso los asuntos públicos mejorasen en lo más mínimo.

Pero lo que consolaba en los salones de Monseñor era que todas las personas allí reunidas iban divinamente vestidas. Los cabellos perfectamente encrespados, rizados, empolvados y colocados con una gracia admirable; los cutis delicadísimos, restaurados ó conservados con arte inimitable, y las espadas, sumamente galantes, al servicio de un honor tan quisquilloso en asuntos de perfumería, debían conservar para siempre el estado de cosas existentes.

Cuando aquellos señores, tan perfectamente ataviados, se volvían lentamente, agitaban las alhajas que pendían de sus relojes; y el aire embalsamado que acompañaba el retintín de los colgajos de los collares y de las agujetas, el crujido de las faldas de seda y de los trages de brocado, el roce de los encajes y del linón, impedían de todo punto el que pudiera pensarse en el barrio de San Antonio y en el hambre devoradora de sus habitantes.

El lujo en los trages era el encanto supremo, el infalible talisman que la sociedad de entonces empleaba para conservarse en su puesto. Cada personaje se hallaba emperifollado para un baile de trages que, según creían todos, debía durar siempre. La corte de Versalles, los militares, los magistrados, todas las clases acomodadas, todo el mundo concurría á aquella preciosa mascarada; ni siquiera se había excluido de este número al ejecutor de la justicia, que, para contribuir á aquel magnífico conjunto,

estaba obligado á vestir el uniforme de gala oficial: «cabellos encrespados y empolvados, trage con galones de oro y zapatos y medias de seda blancos,» y con este uniforme descuartizaba y ahorcaba. El hacha la empleaba muy rara vez.

¿Quién, de las personas que se hallaban al lado de Monseñor en el año de gracia de 1780, hubiera podido poner en duda que un sistema fundado en un verdugo empolvado, cubierto de galones de oro y calzado con zapatos y medias de seda blancos, había de sobrevivir á la caída de las estrellas?

Monseñor, después de recibir los servicios de sus cuatro hombres, tomó su chocolate, mandó abrir la puerta de par en par y abandonó su santuario. ¡Qué exagerado servilismo! ¡qué profunda abyección! Los adoradores del ministro se inclinaban de tal modo ante su persona, que tal vez por esto mismo no hallaban medio de inclinarse ante Dios.

Monseñor, concediendo aquí una mueca, allí un movimiento de cabeza, más allá una sonrisa y alguna que otra palabra á sus más favorecidos predilectos, recorrió con afable aspecto todas las salas, hasta que llegó á las remotas regiones en que se hallaban los partidarios de la circunferencia verídica. Una vez allí, deshizo el camino andado, se instaló nuevamente en su santuario y desapareció á los ojos de la encantada multitud. Terminada la recepción, el aire embalsamado que revoloteaba por los salones se trasformó en pequeño huracán, y las preciosas baratijas resonaron hasta la parte inferior de la escalera.

Poco después no quedó de toda aquella multitud más que un solo individuo. Este, con el sombrero bajo el brazo y una cajita de oro en la mano, atravesó lentamente los desiertos salones. Cuando llegó á la puerta de la antecámara, se volvió hacia el santuario del ministro, y con tono glacial, mezclado de amargura:

—Maldito seas, Monseñor, dijo sacudiendo el tabaco que le quedaba entre los dedos, como quien sacude el polvo del calzado al abandonar un sitio al cual no quiere volver más.

Era un hombre de unos sesenta años, elegantemente vestido y de altanero aspecto; su rostro era extraordinariamente pálido, y sus facciones, correctas y delicadas, revelaban una completa impasibilidad. El único cambio de fisonomía que podía observarse rarisima vez en aquel rostro de piedra, residía en la parte superior de las fosas nasales, en una ligera depresión de la nariz, admirablemente dibujada. Notábase allí, en ciertas ocasiones, un coloramiento imperceptible y fugaz, ó débiles pulsaciones que daban cierto sello de malicia y de crueldad al resto de la fisonomía. Al examinar ésta atentamente, hallábase también la misma expresión de crueldad y de malicia en la boca y en la órbita de los ojos, cuyas líneas eran demasiado sutiles y horizontales. Sin embargo, el conjunto llamaba poderosamente la atención y era por demás distinguido.

Aquel individuo bajó lentamente la escalera, atravesó el pátio y subió á su carroza. En la recepción que acababa de verificarse le habia demostrado Monseñor muy poco interés, y muy pocas personas le habian dirigido la palabra; esto le habia irritado de tal modo, que experimentaba cierto placer en ver desaparecer la canalla ante los caballos que conducian su carruaje. El cochero conducía el tiro como si fuese á dar una carga al enemigo, sin que aquel insensato galope le valiese el menor regaño por parte de su amo.

Aunque, por regla general, en aquella ciudad sorda, la masa del pueblo era muda, quejábase frecuentemente, y áun en voz alta, de la velocidad con que los nobles atravesaban las calles estrechas, en las cuales lisiaban sus carruajes del modo más cruel á los pobres infelices; pero

los autores de aquellos atropellos los olvidaban un momento despues; y los pobretes, en estas ocasiones como en otras muchas, se las arreglaban como Dios les daba á entender.

La carroza del marqués volaba con terrible estrépito por las calles sin aceras, atropellando á las asustadas mujeres y á los hombres, que al ponerse en salvo apénas tenían tiempo para arrancar á sus hijos de los piés de los caballos. De pronto, á la vuelta de una calle muy concurrida, en cuyo ángulo habia una fuente, una de las ruedas tropezó con algo; los espectadores lanzaron un grito horrible, y los caballos retrocedieron encabritándose.

A no ser por esta última circunstancia, es muy probable que el carruaje hubiese continuado su marcha. Todos seguian esta misma conducta cuando hacian alguna víctima; pero en esta ocasion, uno de los lacayos habia echado pié á tierra, y veinte puños vigorosos se habian apoderado de las bridas de los caballos.

—¿Qué significa eso? preguntó el dueño de la carroza, asomando la cabeza por la ventanilla.

Un hombreton, con la cabeza cubierta con un gorro de algodón, habia sacado de entre las patas de los caballos un paquete de sangrientos harapos, lo habia colocado sobre el borde del pilon de la fuente, y lo acariciaba y lo besaba, ruiendo como una fiera.

—¡Dispensad, señor marqués! dijo con tono humilde un pobre andrajoso; es que un niño...

—¿Y por qué chillá tan espantosamente ese miserable? ¿Es suyo el muchacho?

—Sí, señor marqués; dispensadle, es cosa que dá lástima verdaderamente.

La calle formaba en aquel sitio una plazoleta de unos doce metros de ancha, y la fuente, situada en el ángulo opuesto al carruaje, se hallaba á alguna distancia de éste.

De pronto, el hombre del gorro de algodón, levantándose del lado en que estaba arrodillado, se lanzó hácia el carruaje con un aspecto tan feroz, que el señor marqués llevó la mano al puño de su espada.

—¡Voy á matarle! exclamó con desesperacion el desdichado padre, alzando las manos al cielo.

La multitud rodeó el carruaje y dirigió al gentilhombre una mirada indescriptible; pero no se veía en los ojos de los asistentes nada que revelase la amenaza ó la cólera; despues de exhalar un grito de espanto producido por el terror, habian permanecido silenciosos; y la voz humilde y sumisa del hombre andrajoso, cuyas palabras hemos referido, fué la única que se dejó oír.

El señor marqués dirigió á todos ellos una mirada fria y desdeñosa, como si sólo fuesen unas ratas escapadas de la alcantarilla, y sacando su bolsa:

—Yo no sé, dijo, gentes del pueblo, por qué teneis tan poco cuidado de vuestros hijos y de vuestras personas; siempre os poneis debajo de las ruedas de los carruajes ó entre los piés de los caballos. Probablemente se habrá lastimado alguno de los míos. A ver, Juan, dijo á su lacayo, entérate y dále esto á ese hombre.

Todos los concurrentes se aproximaron para ver lo que arrojaba al lacayo, y Juan recogió un luis.

—Mi hijo está muerto, repitió con voz desgarradora el padre del niño.

Un hombre llegaba con paso rápido y la multitud se apartaba para dejarle el paso libre; acercóse al desgraciado padre, que le abrazó sollozando y le mostró la fuente en donde unas pobres mujeres, inclinadas sobre el paquete de sangrientos harapos, removian suavemente el pequeño cadáver.

—Ya lo sé todo, dijo el recién llegado, ya lo sé todo. Ten valor; consuélate, querido Gaspar; tu hijo no ha perdido nada con haber muerto. Ha espirado sin sufrir; ¿hay

en la vida una sola hora en que no tengamos que soportar algun sufrimiento?

—¡Bien, valiente! tú eres un verdadero filósofo, dijo sonriendo el marqués. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Defarge.

—¿Qué oficio tienes?

—Tabernero, señor marqués.

—Toma, tabernero filósofo, dijo el gentilhombre arrojando otra moneda de oro; gástala en lo que se te antoje. Juan, ¿se han lastimado los caballos?

El señor marqués se repanchigó en su carruaje sin dignarse volver á mirar á aquella canalla, y partió de allí como un hombre que ha roto por casualidad algun objeto, cuyo valor ha satisfecho, cuando se vió de pronto turbado en su tranquilidad por una moneda de oro hábilmente lanzada, que fué á rodar sobre la alfombra de la carroza.

—¡Parad, exclamó, parad!

Dirigió la vista al sitio en que acababa de hablar al tabernero, pero sólo vió al pobre Gaspar que se revolcaba sollozando sobre el lodo, y á una mujer de elevada estatura y rostro sombrío que se hallaba haciendo calceta al lado de aquel infeliz.

—¡Miserables! dijo tranquilamente el gentilhombre; de buena gana aplastaria hasta el último retóño de vuestra perversa raza para que desapareciese de la tierra. Si supiese quién ha sido el pillo que ha arrojado esto á mi carruaje, tendria la satisfaccion de triturarlo bajo las ruedas.

Era tan abyecta la condicion de aquellas gentes, conocian tan perfectamente por una larga experiencia los perjuicios que aquel hombre podia ocasionarles, echando mano de los más reprobados medios, que ni un solo individuo intentó contestar á aquellas insultantes palabras, exceptuando únicamente la mujer de la calceta, cuyos ojos no se apartaron del rostro del gentilhombre.

El marqués no tenía suficiente dignidad para poder comprender aquella mirada, y contemplando á la mujer como á todos los demás con aire de desprecio, se arrellanó en el fondo de la carroza y mandó que el carruaje continuase su marcha.

El marqués desapareció; numerosos trenes corrían rápidamente en la misma dirección que él había tomado. El ministro, el asentista, el doctor, el abogado, el eclesiástico, la Opera, la Comedia, todas las máscaras del baile de trages pasaron como brillantes meteoros.

Las ratas habían permanecido en la calle para contemplar aquel elegante torbellino. De cuando en cuando, los soldados y los esbirros se colocaban entre las carrozas y la multitud; pero ésta, empujada hácia atrás, había logrado abrirse paso y examinar á sus anchas la mascarada.

Hacia ya mucho tiempo que el desdichado padre se había alejado con el cadáver mutilado de su hijo; las mujeres que habían tratado de reanimar al pobre niño, seguían viendo correr la fuente y los carruajes, en tanto que la mujer de la calceta continuaba su tarea con una perfecta impassibilidad.

El agua de la fuente corría hácia el arroyo, el arroyo hácia el río. El río se precipitaba hácia el mar, el día hácia la noche, la existencia hácia la muerte: el tiempo y las cosas no esperan.

Las ratas dormían agrupadas en sus oscuros agujeros; los concurrentes al baile cenaban inundados de luz.

Las cosas seguían su curso y las personas su destino.

CAPÍTULO VIII.

El señor marqués en el campo.

Aunque el paisaje era verdaderamente hermoso, el campo estaba triste: veíanse algunos sembrados de trigo, muy pocos desgraciadamente; grandes campos de centeno raquitico y pequeños cuadros de guisantes enfermos, pobres habichuelas y miserables coles reemplazaban el trigo candéal. Los productos de la tierra, lo mismo que los hombres y las mujeres que los cultivaban, enfermaban y se marchitaban fácilmente. Parecía que todos ellos vegetaban á pesar suyo y no tenían más aspiración que la de dejar de existir.

El señor marqués, tendido en el fondo de una pesada carroza de cuatro caballos conducidos por dos postillones, subía penosamente una empinada cuesta. El carmin que coloreaba su rostro no provenía de ninguna perturbación moral, ni tenía nada que le fuese personal: era el reflejo del sol poniente.

El sol iluminaba tan vivamente el interior de aquel pesado carruaje, que el gentil hombre, al llegar á la cima de la montaña, se halló envuelto en los purpúreos rayos del astro del día.

—Esto durará poco, dijo el marqués mirándose las manos.

En efecto, como el sol y el marqués bajaban al mismo tiempo, la luz rojiza dejó bien pronto de iluminar la carroza. Al bajar la cuesta se veía un campo frío y árido, un pueblecillo, una ermita, un molino, un ribazo que limitaba la llanura, un inmenso bosque destinado á la caza, un enorme peñasco, y sobre este peñasco una fortaleza que desde tiempo inmemorial servía de prisión.

El pueblo era una pobre calle, una pobre fábrica de curtidos, una pobre taberna, una pobre posada en que se guarecían los caballos de posta, una pobre fuente y unos pobres habitantes.

Varias mujeres, acurrucadas delante de las puertas de sus casas, mondaban algunas cebollas para preparar la cena de la familia, en tanto que otras lavaban en la fuente algunas hojas de col ó de cualquier otra miserabte hortaliza. La causa de su miseria se revelaba por sí misma: impuestos para el Estado, para la iglesia y para el señor; impuestos locales y generales debían ser pagados aquí y allá y más acullá, según los avisos fijados por todas partes. Era verdaderamente extraño que la población, con todos sus habitantes, no hubiese desaparecido completamente.

Veíanse muy pocos niños, y no había ni un solo perro. Los adultos se encontraban en la dura necesidad de optar por una de estas dos soluciones: ó el hambre en las miserables casuchas situadas al pié de la colina, ó el cautiverio y la muerte en la prision que dominaba la llanura.

El noble viajero, precedido de un correo cubierto de galones de oro y anunciado por el chasquido de los látigos, que crugían por encima de la cabeza de los postillones como si fuese conducido por las furias vengadoras, se detuvo delante de la posada en que se hallaba la posta de caballos. Hallábase ésta cerca de la fuente, y los aldeanos se reunieron para contemplarle.

Dirigió la vista hácia el grupo de labriegos y vió, sin darse cuenta de ello, las consecuencias seguras y lentas del hambre, que llegó á hacer proverbial en Inglaterra la delgadez de los franceses, aun medio siglo despues de desaparecer aquellas tristes circunstancias.

El señor marqués contemplaba indiferentemente á los desgraciados que se inclinaban en su presencia, como sus

iguales se habían inclinado ante el ministro, con la única diferencia de que los unos bajaban la cabeza por humildad, mientras que los otros la inclinaban por ambición.

En aquel mismo instante, un hombre de horrible aspecto, y cuyo oficio consistía en reparar los desperfectos de los caminos, se aproximó á la fuente.

—Diz á ese palurdo que se acerque, exclamó el gentil-hombre dirigiéndose á su correo.

El rústico se acercó al carruaje con su gorro en la mano y seguido de todos los demás, que rodearon la carroza para ver y oír lo que iba á suceder.

—¿No te he encontrado hace poco en el camino? le preguntó el señor marqués.

—Sí, monseñor.

—¿Y qué es lo que mirabas con tanta atención?

—Monseñor, miraba al hombre.

Inclinóse al decir estas palabras, y con su destrozado gorro azul señaló la parte superior del carruaje. Sus compañeros se inclinaron como él y miraron debajo de la carroza.

—¿De quién estais hablando, imbécil? Y vosotros, ¿qué es lo que mirais debajo del carruaje?

—Monseñor, es que estaba colgado de la cadena del manubrio.

—¿Quién?

—El hombre, monseñor.

—¡Llévete el diablo! ¿Quién estaba colgado?

—Dispensad, monseñor, no es de nuestro pueblo y no sé cómo se llama. Yo no le he visto nunca, no le he visto en todos los días de mi vida.

—¿Pero se ha ahorcado?

—Dispensad, monseñor, ¡es verdaderamente una cosa muy rara, porque estaba así!

El peon caminero se apoyó contra la carroza, colo-

cando los piés hacía delante y con la cabeza caída sobre el pecho; luego se volvió é hizo un saludo, al mismo tiempo que retorcia entre las manos su gorro azul.

—Pero ¿qué facha tenia ese hombre?

—Más blanco que el molinero, monseñor, cubierto enteramente de polvo, alto y pálido como un espectro.

Este retrato causó una profunda impresion en el auditorio, y todos los ojos se fijaron en el marqués, tal vez con el propósito de averiguar si tenia algun espectro en la conciencia.

—¿Y te parece que está bien hecho el que no hayas despegado los lábios cuando has visto á ese miserable, arrastrado por mi carruaje? Vaya, vaya, dijo el marqués, satisfecho al ver que no tenia nada que temer de aquella gentuza; que se largue de aquí ese rústico, Gabelle!

Gabelle desempeñaba las funciones de administrador de postas y cobrador de contribuciones, y se habia acercado al carruaje para asistir al interrogatorio del peon caminero, á quien habia sujetado de un brazo á guisa de gendarme que detiene á un delincuente.

—¡Atras! animal, dijo dando un empellon á aquel infeliz.

—Gabelle, apoderáos inmediatamente de ese forastero, si acaso llega á venir por aquí, repuso el gentilhombre; y averigüad cuáles son sus propósitos.

—Monseñor, tendré siempre á mucho honor el obedecer vuestras órdenes.

—¿Y ese imbécil que estaba ahí hace poco, á dónde ha ido?

El imbécil estaba debajo del carruaje con una docena de sus más íntimos amigos, enseñándoles la cadena con que se habia ahorcado el espectro. Otros amigos, no ménos íntimos, le llamaron inmediatamente y le presentaron completamente desalentado al señor marqués.

—Díme mastuerzo, ¿el hombre de quien hablas se es-

capó en seguida que se sujetaron las ruedas del carruaje?

—Sí, monseñor, echó á un lado del camino y penetró en el bosque como un hombre que se arroja al agua.

—Gabelle, seguidle la pista. ¡En marcha, postillon!

Los amigos que examinaban la cadena de que se habia colgado el espectro continuaban en medio de las ruedas, como los carneros, y la carroza partió tan bruscamente que fué un milagro el que pudiesen salvar el pellejo; si hubieran poseido otra cosa es muy probable que hubiesen sido ménos afortunados.

Cuando despues de atravesar el valle hubo que subir el declive que formaba la otra vertiente, la marcha de la carroza fué siendo cada vez más lenta, y el señor marqués, mecido en su pesada máquina, subió al paso la última cuesta que le quedaba por recorrer.

Los postillones, rodeados de un enjambre de mosquitos, arreglaban tranquilamente la mecha de sus látigos, el lacayo marchaba al lado de los caballos y se oía á lo lejos el trote del correo.

En el sitio más escarpado de la pendiente habia un modesto cementerio, precedido de una cruz que ostentaba un Crucifijo de madera, de tamaño natural; esta imágen era obra de un cincel poco afortunado; pero el escultor habia copiado del natural, tal vez de sí mismo, y el divino Crucificado era de una delgadez espantosa.

Al pié de aquel desgarrador emblema de una miseria siempre en aumento, habia una mujer arrodillada, que al aproximarse el carruaje volvió la cabeza, se levantó rápidamente y corrió hácia la portezuela.

¡Ah! sois vos, monseñor!... ¡Tomad mi memorial, dijo con voz suplicante.

El marqués, mal humorado, asomó la cabeza pero sin que su rostro revelase la menor alteracion.

—¡Siempre con memoriales! dijo. ¿Qué es lo que queris?

—¡Monseñor, por amor de Dios!... Se trata de mi pobre marido, el presidente de aguas y bosques...

—¿Y qué es lo que le sucede á vuestro pobre marido? Será la cancion de todos los dias, ¿no ha pagado lo que debe?

—Al contrario, monseñor, lo ha pagado todo, puesto que ha muerto.

—¡Corriente! así estará más tranquilo; ¿creeis que yo puedo resucitarle?

—¡Ay, nó, monseñor! pero es que está allí, bajo un montoncillo de yerba...

—¿Y qué?

—¡Monseñor! que hay muchos montoncillos de yerba y que no se diferencian en nada unos de otros...

—¿Y qué quereis que yo le haga?

Parecia una mujer anciana, y sin embargo era jóven. Llevada de su profundo dolor, cruzaba sus descarnadas manos, ó las colocaba suavemente sobre la ventanilla del carruaje, como si la pesada máquina tuviese algo de humano y pudiera ser sensible á sus caricias.

—¡Monseñor... escuchadme... leed mi memorial!... Mi marido ha muerto de miseria, como otros muchos... somos tantos los que ayunamos...

—¿Creeis que yo puedo alimentaros?

—Dios lo sabrá, monseñor; pero no es eso lo que yo pido, sino una cruz de madera con el nombre de mi pobre marido para colocarla sobre su fosa y poder saber en dónde está; de otro modo, ese lugar se olvidará bien pronto y nadie podrá descubrirlo cuando yo muera; esto sucederá dentro de muy poco—el hambre no nos perdona—y entonces me enterrarán bajo otro monton de yerba; ¡y hay tantos montones de estos, monseñor! ¡son tantos los muertos y tan espantosa la miseria! ¡Yo os lo ruego, monseñor!... yo os lo suplico!

El lacayo la habia separado de la portezuela; la car-

roza, cuyos postillones aceleraban el paso, se alejaba rápidamente, y el noble personaje, conducido nuevamente por las furias, veia disminuir por minutos la distancia que le separaba de su castillo.

Los perfumes de la noche se elevaban sobre su camino y se esparcian como una especie de lluvia sobre el grupo de hambrientos llenos de polvo y de harapos, que rodeaban la fuente. Estos continuaban escuchando la historia del espectro, referida con todos sus detalles por el peon caminero, que no dejaba un momento de la mano su gorro de algodon. Dispersáronse, por último, y todos penetraron en sus respectivas casas; brillaron débilmente algunas luces á través de las ventanas del pueblo; las ventanas quedaron completamente á oscuras cuando las estrellas comenzaron á brillar, y parecia que en vez de apagarse la claridad de las chozas habia subido á los cielos.

A todo esto, una inmensa morada, cuyos tejados se elevaban por encima de una espesa enramada, cubria con su sombra la carroza del marqués. Una antorcha dispipó las tinieblas, abrióse una gran puerta, y el señor del pueblo entró en su castillo.

—¿Ha vuelto de Inglaterra Mr. Carlos Darnay? preguntó el gentilhombre.

—Nó, monseñor, todavía nó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO IX.

La cabeza de Medusa.

El castillo del señor marqués era un vasto edificio sólidamente construido; un monton de piedras ante el cual se extendia un inmenso pátio de honor, rodeado de pie-